

Adriana Ferraggine  
**Violeta**

*Ilustrado por Verónica Delacroix*



Había una vez una nena que tenía los ojos sin color porque se llamaba Violeta, y todo el color se le había quedado en el nombre.

—¿Qué haremos? —le dijo la mamá al papá.

—¿Tendrá remedio? —le preguntó el papá al doctor.

El doctor buscó por aquí, buscó por allá, pensó y pensó, y finalmente dijo:

—El único remedio es la luz. Busquen la luz más intensa que exista en el universo, y el violeta se le irá otra vez a los ojos.

Y así pasó. Todas, todísimas las mañanas, Violeta despertaba con los ojos descoloridos, buscaba el sol, y en cuantito lo encontraba los ojos se le coloreaban de un violeta tan sorprendente como su historia.

Pero aquella mañana, Violeta despertó, miró el sol, como todas, todísimas las mañanas, y sin embargo, el color siguió fuera de sus ojos. Es que había soñado con una luz mucho más intensa, y entonces el sol ya no le alcanzaba.

—No existe —dijeron los papás al unísono.

—Sí que existe y yo la voy a encontrar —dijo la nena y dio por terminada la discusión.

El papá y la mamá se agarraron las cabezas, las orejas y las cejas. Se tiraron de los pelos y se cayeron al suelo. Les salieron canas verdes, chillidos, chifletes y chichones, y terminaron saltando más locos que una cabra.

Violeta aprovechó. Se puso su tapadito color ámbar, una bufanda púrpura, un gorrito amarronado y se fue muy campante en busca de su sueño.

A poco de andar, se dio cuenta de que no sabía ni por dónde empezar. Vio entonces a un señor montado en su caballo y decidió preguntarle.

—Señor gaucho de la rotonda —dijo levantando la voz—, ¿podría decirme dónde queda la luz que busco?

—¿Y pa' qué la buscás?

—Para que me devuelva el color de los ojos.

El señor gaucho de la rotonda se tomó un mate, y con una paciencia infinita, se puso a pensar.

—No, no sé —le dijo al rato— pero por acá no es, mi hijita. El que puede saber es el viejo tren de la estación porque ha viajado mucho.

Violeta le dio las gracias y pasito a paso, llegó a la estación.

—Señor viejo tren de la estación —dijo—, usted que ha viajado mucho, ¿podría decirme dónde queda la luz que busco?

—¿Y para qué la buscás? —preguntó silbando el tren.

—Para que me devuelva el color de los ojos.

El señor viejo tren de la estación pensó un ratito, carraspeó un tantito, silbó un poquito y finalmente le dijo que no sabía, pero los que podían saber eran los angelitos de la plaza Rocha, porque volaban.

Violeta le dio las gracias y pasito a paso, llegó a la plaza.

—Angelitos de la plaza Rocha —dijo—, ustedes que saben volar, ¿podrían decirme dónde queda la luz que busco?

—¿Y para qué la buscás? —le preguntaron cantando.

—Para que me devuelva el color de los ojos.

Los angelitos se escaparon revoloteando de la fuente, se le pararon en la cabeza, le despatarraron el gorro, y luego, muertos de risa, le dijeron que no tenían la menor idea, que el que debía saber era el San Martín de la capa al viento, porque era un viejo sabio.

Violeta les dio las gracias y con tres pasitos largos y uno corto, llegó ante quien buscaba.

—Señor San Martín de la capa al viento, usted que es un viejo sabio, ¿podría decirme dónde queda la luz que busco?

San Martín no preguntó más, buscó en su memoria antigua, recorrió mares y cruzó cordilleras en busca de la respuesta, pero no la descubrió.

—El que debe saber —dijo— es el marino Colón porque siempre está mirando el mar.

“Tampoco éste sabe”, pensó Violeta y se puso de tan mal humor que se fue sin saludar. Bordeó la costa y llegó hasta el marino Colón, que estaba calladito, con la mirada perdida.

—Señor marino Colón, usted que siempre está mirando el mar, ¿podría decirme dónde queda la luz que busco? —preguntó sin decir más.

—¿Un mundo de luz?

—Creo que sí —dijo Violeta desanimada.

—¿Con la luz más intensa que se pueda pensar?

—¡Sí! —dijo ahora entusiasmada.

—Allí.

Violeta miró hacia donde señalaba el marino Colón, y vio un enorme edificio que no decía nada.

—¿Ahí?

—El teatro —respondió Colón satisfecho.

Si el marino Colón, que siempre miraba el mar, lo decía, sería nomás. Así que Violeta cruzó corriendo el anchísimo bulevar, siguió corriendo por la larga galería, subió corriendo la mullida escalera, pasó corriendo el gran foyer, trepó corriendo las últimas escalinatas, entró corriendo a la sala.

Y sí, era un mundo de luz. Pero no la luz que ella buscaba.

Y ya no preguntó más.

Despacito, comenzó a volver a su casa, un poco triste.

Tanto caminar... Tanto ver... Tanto preguntar... Y no le había servido para nada.

Tanto pensar... Tanto descubrir... Tanto intentar... Y seguía igual que antes.

—¿Te pasa algo, nena? —le preguntó una señora que hacía los mandados.

—Es que nadie puede decirme, dónde está la luz que busco —contestó Violeta triste como estaba.

—¿Y para qué la buscás? —le preguntó.

—Para que me devuelva el color a los ojos.

—¿El color? —exclamó la señora— ¡Si tenés unos ojos violetas, preciosos! —. Y después, le dijo chau, le dio un besito en la frente, y se fue, muerta de risa.

Violeta se puso feliz, muy feliz. Y de ahí en más, pocas veces se le volvió a ir el color de los ojos.

El violeta ya era suyo y aunque se le perdiera de vez en cuando, siempre, siempre, regresaría.

